



LOS INTERESES CREADOS

- LEANDRO ¡Silvia!
- SILVIA ¿Sois vos? Perdonad; no creí hallaros aquí.
- LEANDRO Huí de la fiesta. Su alegría me entristece.
- SILVIA ¿También a vos?
- LEANDRO ¿También decís? ¡También os entristece la alegría!
- SILVIA Mi padre se ha enojado conmigo. ¡Nunca me habló de ese modo! Y con vos también estuvo desatento. ¿Le perdonáis?
- LEANDRO Sí; lo perdono todo. Pero no le enojéis por mi causa. Volved a la fiesta, que han de buscaros; y si os hallaran aquí a mi lado.....
- SILVIA Tenéis razón. Pero volved vos también. ¿Por qué habéis de estar triste?
- LEANDRO No; yo saldré sin que nadie lo advierta..... Debo ir muy lejos.....
- SILVIA ¿Qué decís? ¿No os trajeron asuntos de importancia a esta ciudad? ¿No debíais permanecer aquí mucho tiempo?
- LEANDRO ¡No, no! ¡Ni un día más! ¡Ni un día más!
- SILVIA Entonces.....¿Me habéis mentido?
- LEANDRO ¡Mentir!....no..... No digáis que he menti-

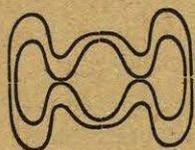
- do.....no; esta es la única verdad de mi vida.....
¡Este sueño que no debe tener despertar! (*Se oye de lejos la música de una canción hasta que cae el telón.*)
- SIL. Es Arlequín que canta.....¿Qué os sucede? ¿Lloráis? ¿Es la música la que os hace llorar? ¿Por qué no decirme vuestra tristeza?
- LEA. ¿Mi tristeza? Ya la dice esa canción. Escuchadla.
- SIL. Desde aquí sólo la música se percibe; las palabras se pierden. ¿No la sabéis? Es una canción al silencio de la noche, y se llama *El Reino de las almas*. ¿No la sabéis?
- LEA. Decidla.....
- SIL. La noche amorosa, sobre los amantes
tiende desde el cielo su dosel nupcial.
La noche ha prendido sus claros diamantes
en el terciopelo de un cielo estival.
El jardín en sombra no tiene colores,
y es en el misterio de su obscuridad
susurro el follaje, aroma las flores
y amor un deseo dulce de llorar.
La voz que suspira, y la voz que canta
y la voz que dice palabras de amor,
impiedad parecen en la noche santa
como una blasfemia entre una oración.
¡Alma del silencio, que yo reverencio,
tiene tu silencio la inefable voz
de los que murieron amando en silencio;
de los que callaron muriendo de amor;
de los que en la vida por amarnos mucho
tal vez no supieron su amor expresar!
¿No es la voz acaso que en la noche escucho
y cuando amor dice, dice eternidad?
¡Madre de mi alma! ¿No es luz de tus ojos?
la luz de esa estrella
que como una lágrima de amor infinito
en la noche tiembla?
¡Dile a la que hoy amo que yo no amé nunca
más que a ti en la tierra,
y desde que has muerto sólo me ha besado

LEA.

la luz de esa estrella!
¡Madre de mi alma! Yo no he amado nunca
más que a ti en la tierra,
y desde que has muerto sólo me ha besado
la luz de esa estrella.

ACTO PRIMERO.—Escena última.

JACINTO BENAVENTE.



LA CONJURACION

DE FIESCO



FIESCO, conde de Lavagna, jefe de los conjurados, 23 años, esbelto, hermoso, en la flor de la juventud; orgulloso con decoro, amable con magestad, tratable y al propio tiempo disimulado y malicioso.

VERRINA, conjurado republicano, 60 años, grave, ardiente y sombrío. Viste traje obscuro.

FIESCO (*Con las insignias de dux, encontrando a Verrina.*) En buena ocasión llegas, Verrina, iba precisamente a buscarte.

VERRINA Y yo a ti.

FIESCO Dime, Verrina, si observas alguna mudanza en tu amigo.

VERRINA No la deseo.

FIESCO Pero ves alguna.

VERRINA (*Sin mirarle.*) Espero que no.

FIESCO ¿Ninguna, vuelvo a preguntarte?

VERRINA (*Después de una rápida mirada.*) Ninguna.

FIESCO Pues bien, ya ves cómo es falso que el poder convierta a los hombres en tiranos. Desde que nos separamos, héteme nombrado dux de Génova, y me parece que Verrina (*Abrazándole.*) hallará mis brazos tan ardientes como ayer.

VERRINA Siento que sólo pueda corresponder a ellos con frialdad. El cetro de tu poder cae como afilado

- puñal, entre el dux y yo. Juan Ludovico Fiesco imperaba en mi corazón, y pues conquistó ahora Génova, recobro lo que me pertenece.
- FIES.** ¡Dios me libre de ello! . . . ¡Exorbitante precio para un ducado!
- VERR.** (*Con lúgubre acento.*) ¡De tal manera ha pasado de moda la libertad, que arrojan las repúblicas en las manos del primer advenedizo, por un precio infame!
- FIES.** (*Mordiéndose los labios.*) A nadie repitas tales palabras, sino a Fiesco.
- VERR.** ¡Oh! claro está que es fuerza ser hombre escogido para oír la verdad sin apalearla. Sólo es lástima que el hábil jugador haya errado en un punto: contó con la envidia, verdad, mas por desgracia olvidó en su astucia a los patriotas. (*Con intención.*) Yo pregunté al opresor de la libertad, si halló medio también de poner freno a la virtud romana. ¡Lo juro, vive Dios! Antes hallarán mis huesos en el potro, que en el cementerio de un ducado.
- FIES.** (*Asiéndole la mano con ternura.*) No será si el ducado se llama tu hermano, y el poder es sólo un tesoro que destina a hacer el bien, como no pudo hasta aquí, detenido por la necesidad. ¡Incluso, entonces, Verrina!
- VERR.** Incluso entonces. No sé que nunca los regalos del ladrón le hayan salvado de la horca. Semejante generosidad no seduce a Verrina. A un conciudadano puedo permitírsela, porque me es dado corresponder a ella; pero los presentes de un príncipe son gracias, y éstas sólo quiero recibirlas de Dios.
- FIES.** (*Con amargura.*) Antes arrancaríala Italia al mar, que a ese testarudo sus convicciones.
- VERR.** Y eso que tratándose de arrancar, no es lo que menos sepas, como se ve con esa república, ese cordero que arrancaste a Doria, el lobo, para devorarla después tú. En una palabra, dime brevemente, Dux, ¿qué crimen cometió el pobre diablo que colgásteis en la iglesia de los jesuitas?
- FIES.** Ese canalla pegaba fuego a Génova.
- VERR.** Pero al menos dejaba intactas las leyes.

- FIES.** Verrina abusa de mi amistad.
- VERR.** ¡Lejos de mí la amistad! Dígame que ya no te amo; te juro que te odio, te odio como la sierpe del paraíso que arrojó al mundo la primera traición, que aún mana sangre tras cinco mil años. Oyeme, Fiesco: no hablo como vasallo a su señor, ni como un amigo a otro, hablo de hombre a hombre. Al mismo Dios de verdad ofendiste forzando la virtud a ayudarte en tu criminal empresa, empleando los patriotas de Génova a la prostitución de Génova. ¡Si fuera tan necio, Fiesco, que desconociera tu traición! ¡vive Dios que me arrancaríala las tripas y me estrangulara con ellas, arrojándote a la cara mi postrer aliento con los espumarajos de mi extrema convulsión!
- Mucho pesará en la balanza del pecado esta regia infamia, pero tú te mofas del cielo y fías tu causa al tribunal del mundo. (*Fiesco, atónito y mudo, le mira fijamente.*) No intentes responder, hemos concluido. (*Después de haber medido la escena con los ojos.*) Hay en las galeras del tirano de ayer, Dux de Génova, muchedumbre de pobres diablos que expían sus pasados delitos a fuerza de remos, y vierten al Océano tales lágrimas, que el Océano, como un hombre rico, se desdeña de contar. . . . Los buenos príncipes inauguran su reinado con la clemencia; ¿quieres resolverte a libertar esos galeotes?
- FIES.** (*Con intencionado acento.*) Sea este el primer acto de mi tiranía. Vé y anúnciales su libertad.
- VERR.** Pero si te privas de su júbilo vas a hacer la obra a medias. Goza de ella; vé tú mismo en persona. Puesto que los poderosos presencian rara vez el mal que hacen, no veo que deban retirarse cuando hacen el bien. No tenía al Dux por tan superior que no pueda ver la satisfacción del último mendigo.
- FIES.** Eres terrible, pero no sé qué me fuerza a seguirte. (*Ambos se dirigen hacia el mar.*)
- VERR.** (*Se detiene con dolor.*) Abrázame por última vez, Fiesco. Nadie hay aquí para ver a Verrina, llorando y enterneciéndose en brazos de un príncipe. (*Le es-*

trecha contra su corazón.) En verdad que nunca latieron juntos dos corazones más grandes, ni se amaron con tan ardiente y fraternal afección. (*Llorando en brazos de Fiesco.*) ¡Ah! ¡Fiesco! ¡Fiesco!..... ¡qué vacío dejas en mi alma!..... vacío que no podrá llenar la misma raza humana, ni que fuera tres veces más numerosa de lo que es.

FIES. (*Muy conmovido.*) Sé.... mi amigo.

VERR. Despójate de esa odiosa púrpura.... y lo seré.... El primer príncipe fué un asesino, y revistió la púrpura para cubrir la mancha de su crimen con este color de sangre..... Oyeme, Fiesco; soldado soy y no me sienta bien el manto. ¡Fiesco! Estas son mis primeras lágrimas.... despójate de la púrpura.

FIES. Calla.

VERR. (*Con creciente vehemencia.*) Mira, Fiesco; aunque me ofrecieran de un lado todas las coronas del mundo, y de otro todas las torturas, no hincaría la rodilla a ningún mortal. ¡Fiesco! [*Se arrodilla.*] Esta es la primera vez que hincó la rodilla..... Despójate de esa púrpura.

FIES. Alza, no me irrites más.

VERR. [*Resuelto.*] Me levanto; no te irritaré más. (*Se dirige a una tabla que conduce a las galeras.*) ¡El príncipe primerol [*Se adelanta por la tabla.*]

FIES. ¿Por qué me tiras así de la capa? [*Cae.*]

VERR. [*Lanzando terrible carcajada.*] ¡Pues!.... Cuando cae la púrpura, debe seguirle el príncipe. [*Le precipita al mar.*]

FIES. ¡Socorro! ¡Génoval! ¡Socorro al Dux! [*Desaparece en el agua.*]

ACTO V. Escena XV.

C. F. SCHILLER.



Maria Estuardo

.....

ISABEL ¡Cómo, milores! ¿Quién me habló de la sumisión de esta mujer? Tengo delante de mí a una orgullosa, a quien la desgracia no ha podido abatir.

MARIA Sea; quiero someterme a este nuevo dolor. Lejos de mí el impotente orgullo de un alma elevada; voy a olvidar lo que soy y cuanto he sufrido, para prosternarme a los pies de la que fué causa de mi oprobio. (*Dirigiéndose a la reina.*) Pero sed generosa para conmigo, hermana mía; no me dejéis hundida en la humillación; tendedme vuestra real mano para levantarme de mi profunda caída.

ISABEL Éste es vuestro lugar, lady María, y doy gracias a Dios por su bondad, cuando no ha permitido que me viera, como vos, a las plantas de mi rival.

MARIA (*Con creciente emoción.*) Pensad en las vicisitudes de las cosas humanas. Existe un Dios que castiga la arrogancia; honrad y temed a la terrible divinidad, que me arroja a vuestros pies; por respeto a los testigos de esta escena, ajenos a ella, honraos a vos misma, honrándome a mí; no ofendáis, no profanáis la sangre de los Tudores que corre por vuestras venas igual que por las mías. ¡Ah! no seais por Dios inaccesible y dura como la es-

carpada roca a la que en vano el náufrago se esfuerza por asirse. Todo mi ser, mi vida, mi suerte, dependen de mis palabras y del poder de mi llanto; ¡abrid mi corazón para que pueda yo conmover el vuestro! Si me dirigís tan glacial mirada, el corazón trémulo de espanto se cierra, se detiene el torrente de mis lágrimas y el terror hiela en el seno mis súplicas.

ISA. (*Con ademán frío y severo.*) ¿Qué tenéis que decirme ledy Estuardo, puesto que habéis pretendido hablar conmigo? Olvidé que soy una reina cruelmente ultrajada para cumplir con el piadoso deber de hermana y ofrecer os el consuelo de verme. Cedo con ello a un impulso de generosidad, exponiéndome a las justas censuras por haber descendido hasta ese punto. . . . porque demasiado sabéis que quisisteis matarme.

MAR. ¡Cómo empezar, cómo usar de tal modo de la clemencia, que logre conmover vuestro corazón, sin ofenderlo en lo más mínimo! ¡Oh, tú, Señor, comunica toda tu fuerza persuasiva a mis palabras y arráncales todo aguijón! Me es imposible hablar en mi propio favor sin acusaros gravemente, y no lo deseo. Vuestro modo de proceder para conmigo no fué ciertamente justo, porque soy reina al par que vos, y me habéis tenido prisionera; llegué aquí suplicante, y vos, despreciando en mí las sagradas leyes de la hospitalidad y el derecho de gentes, me encerrasteis entre los muros de un calabozo; habéis alejado de mí con crueldad, a mis amigos y mis criados y sujetádome a indignas privaciones. He sido obligada a comparecer ante un tribunal indigno. . . . pero en fin, no hablemos más de semejantes crueldades. Cuantas sufrí, húndanse en eterno olvido. Mirad, quiero atribuirlo todo al destino; ni vos sois ya la culpable, ni yo tampoco. Un genio infernal surgió del fondo del abismo para inflamar en nuestros corazones el odio ardiente que nos dividió desde los primeros años y que ha crecido con nosotras. Algunos malvados atizaron la miserable lla-

ma; algunos fanáticos pusieron el puñal y la espada en manos cuyo socorro nadie reclamó. Tal es el destino fatal de los reyes; sus odios desgarran el mundo; sus enemistades desencadenan sobre él el tropel de las furias. Ahora no existe ya entre nosotros intermediario ninguno. (*Se acerca a ella confiada y le habla con acento cariñoso.*) Henos por fin una enfrente de otra: hablad, hermana mía, decidme en qué falté, porque ansío daros satisfacción. ¡Ay de mí! ¡Cómo no consentisteis en recibirme, cuando con tal instancia os lo pedía! Las cosas no hubieran llegado a tal extremo, ni ahora nos encontraríamos en tan siniestro y triste sitio.

ISA. Mi buena estrella me preservó entonces de anidar a la serpiente en mi propio seno. No acuséis a la suerte, mas sí a la perversidad de vuestra alma y a la ambición de vuestra familia. No había estallado aún ninguna enemistad entre ambas, cuando ya vuestro tío, el prelado arrogante y ambicioso que atenta contra todas las coronas, os inspiró propósitos de guerra y os persuadió locamente a empuñar las armas, a usurpar mi corona y a empeñar conmigo un duelo a muerte. ¿Qué enemigos no suscitó contra mí? La voz de los sacerdotes, la espada de los pueblos, las temibles armas del fanatismo religioso; aquí mismo, en medio de mi pacífico reino, vino a atizar el fuego de la discordia; pero Dios está conmigo, y el orgulloso sacerdote no ha triunfado; el golpe fatal amenazaba mi cabeza y cae la vuestra.

MAR. Me hallo en manos de Dios, y espero no abusaréis hasta tal punto de vuestro poder.

ISA. ¿Y quién osaría impedírmelo? Vuestro tío enseñó con su ejemplo a los reyes el modo de hacer la paz con sus enemigos. La noche de San Bartolomé me servirá de lección. ¿Qué han de importarme los vínculos de la sangre y el derecho de gentes si la Iglesia rompe todo vínculo y consagra el regicidio y el perjurio? No haré más que practicar lo que enseñan vuestros sacerdotes. Decidme ¿quién saldría fiador

de vuestra conducta, si cediendo a la generosidad rompiese vuestras cadenas? ¿Existe por ventura un castillo donde asegurarme de vuestra fidelidad, que las llaves de Pedro no puedan abrir? ¡Sólo en la fuerza reside mi seguridad! ¡No quiero alianza alguna con la raza de las víboras!

MAR. ¡Oh... qué triste, qué cruel sospecha! Me habéis tenido siempre por enemiga, por extranjera, cuando si me hubieseis declarado por vuestra sucesora respetando los derechos de mi cuna, por gratitud y amor, hubierais hallado en mí una fiel amiga, una fiel parienta.

ISA. Ledy Estuardo, vuestra amistad reside en otra parte; vuestra familia es el papismo y vuestros hermanos los frailes. ¡Que os declarase mi sucesora! ¡Pérfido lazo! Para que aún durante mi reinado alucinaraís al pueblo, y como Armida, prendierais en vuestras redes a la juventud del reino, convirtiendo todas las miradas hacia el nuevo sol

MAR. Reinad en paz; renuncio a toda pretensión a la corona. ¡Desgraciada de mí! ¡Siento paralizados los impulsos de mi ánimo y la grandeza no guarda ya atractivos para mí! Habéis alcanzado vuestro prosito: ya no soy más que la sombra de la reina. Rota la altivez de mi alma con las injurias de la cárcel, me habéis reducido al último extremo aniquilando en flor mi juventud. Ahora, acabad hermana; pronunciad la palabra que os ha traído aquí, porque no puedo creer que aquí os conduzca el intento de insultar cruelmente a vuestra víctima. Pronunciad esta palabra; decid por fin: "Sois libre, María; habéis probado mi rigor; aprended ahora a honrar mi generosidad." Decidlo y recibiré mi libertad y mi vida como presente de vuestra mano. Una palabra anula todo lo pasado; la aguardo. ¡Ah! no me obliguéis a aguardarla por mucho tiempo. ¡Ay de vos si no se pone fin a todo con esta palabra, y no os alejáis, hermana, como divinidad gloriosa y bienhechora! Ni por esta rica y poderosa comarca, ni por toda la tierra que cifie el océano, qui-

siera yo parecer a vuestros ojos, como vos pareceréis a los míos.

ISA. ¡Por fin os dais por vencida! ¿Se acabaron vuestras conjuraciones? ¿No queda ya un solo asesino en marcha?.....¿Se acabaron los aventureros, dispuestos a ejecutar por vos una acción caballereza? Sí; con los nuevos cuidados que preocupan al mundo, ledy María, ya no seduciréis a nadie... nadie ha de aspirar al título de cuarto marido, porque así matáis a los amantes como a los maridos.

MAR. (*Estallando en cólera*) ¡Hermana! ¡hermana!..... ¡Oh, Dios mío!.....dadme prudencia.

ISA. (*Contemplándola largo rato con orgulloso desprecio*) Está visto que para ser bella a los ojos de todos, basta ser de todos.

MAR. ¡Ah, esto es demasiado!

ISA. (*Con risa burlona*) Enseñadnos vuestro verdadero rostro, porque hasta ahora sólo hemos visto la máscara.

MAR. (*Inflamada de cólera y con noble dignidad*) He cometido faltas; la juventud, la flaqueza humana, el poder, me descarriaron, pero nunca me oculté en la sombra; con real franqueza he desdeñado siempre toda falsa apariencia. Cuantos delitos cometí, aun los más graves, los sabe todo el mundo, y puedo decir que valgo más que mi reputación... En cambio ¡ay de vos, si alguien os arrancara de los hombros el manto de honor con que encubre la hipocresía los frenéticos ardores de vuestra secreta concupiscencia!.....No habréis heredado ciertamente de vuestra madre el honor... ¡Ya sabemos por qué virtud subió Ana Bolena al cadalso!

ISA. ¿Esta es moderación, ledy María?

MAR. ¡Moderación! ¡He soportado cuanto puede soportar el alma humana ¡Basta de resignación!Vuelve al cielo, dolorosa paciencia, y tú, ira por tanto tiempo comprimida, rompe tus cadenas, sal de tu guarida... tú que diste al basilisco irritado miradas que matan, pon en mis labios el dardo venenoso.

¡El trono de Inglaterra está profanado por una bastarda! ¡El noble pueblo de Inglaterra es engañado por una bellaca, por una comedianta! Si la justicia hubiese triunfado de la suerte, os veríamos hundida en el polvo a mi presencia, porque yo....yo.... ¡soy vuestra reina!

ACTO TERCERO. Escena IV.

C. E. SCHILLER.



Romeo y Julieta

- JULIETA [*En el balcón.*]..... ¿Aquello que llamamos rosa, no exhalaría con cualquiera otra denominación el mismo grato perfume? Así Romeo, aun cuando no se llamase Romeo, conservaría sin tal título las raras perfecciones que atesora. Romeo, abdica tu nombre, y a trueque de tu nombre que no forma parte de ti, tómame toda entera.
- ROMEO Recojo tu palabra; llámame tan sólo "amor mío" y será mi nuevo bautismo. De hoy más no seré ya Romeo.
- JULIETA ¿Quién eres tú, que envuelto en la noche sorprendes mi secreto?
- ROMEO Con un nombre, no sé cómo expresarte quién soy. Mi nombre, santa adorada, me es odioso, porque es para ti un enemigo. A tenerla escrita, rasgaría esa palabra.
- JULIETA Mis oídos no han bebido aún cien palabras proferidas por tu boca, y a pesar de ello reconozco tu acento. ¿No eres Romeo Montesco?
- ROM, Ni uno ni otro, hermosa niña, si te desplace cualquiera de los dos.
- JULI. Dime: ¿cómo viniste aquí y para qué? Las tapias del jardín son altas y difíciles de escalar, y el sitio es de muerte, considerando quién eres tú, caso